

consecuencia, cierto número, cantidad y orden de sílabas: un verso es mayor que un pié. En *Beatus ille qui procul negotiis* hay seis piés *yambos* ó compuestos de una breve y una larga, como se ve midiéndose de este modo:

Bea-tusil-le qui-procul-nego-tiis.

Hermosilla mide algunos versos castellanos con arreglo á los piés latinos; y procede así:

El dūl-cēlā-mēntār-dē dōs-pāstō-rēs.

Esto le da un espondeo, un pirriquio, otro espondeo, un yambo, tercer espondeo, y una cesura breve.

Al úl-timo-suspi-ro de-mivi-da.

Este verso de Rioja se compone de un espondeo, un pirriquio, otro espondeo, otro pirriquio, un yambo, y la cesura.

Avendaño, con todos los inteligentes en la materia, opina que nuestros sáficos, como los latinos, constan de cinco piés: un coreo, un espondeo, un dáctilo, y dos troqueos ó coreos.

Dūlce-vécí-nó de la-vérde-selva.

Y 2º Nótese que los latinos lo mismo que nosotros, alargaban ó abreviaban ciertas sílabas indiferentes, segun convenia á la formacion de sus piés ó á la intercalacion armoniosa de las sílabas agudas entre las graves.

Teniendo necesidad la medida por cantidades de contarse en forma para hacerse sensible, los piés se pronunciaban con una ligera pausa, y su separacion permitia que pudiesen sonar juntas tres sílabas breves ó tres largas.

Nosotros, con nuestros grupos puramente acentuados, evitamos la union de tres elementos iguales y somos más lógicos en nuestra clasificacion de sílabas largas y breves, guiándonos por las exigencias sencillas y rigurosas del acento; pero nuestro canto tiene pocos matices.

Los piés, en el sistema de los acentos, pueden arreglarse de diversos modos; el método más sencillo consiste en comenzar los grupos por la sílaba aguda ó acentuada. En este caso, los piés no pueden ser sino de una, de dos ó de tres sílabas, supuesto que

los esdrújulísimos no suenan bien en nuestra lengua. Tengamos presente que los esdrújulos terminados por un artículo ó por un pronombre, pueden desaparecer resolviéndose en dos piés, con sólo acentuar el pronombre ó el artículo. No olvidemos tampoco que los monosílabos, por lo comun, se prestan á ser graves ó agudos. Obsérvese, además, que las sílabas anteriores al último acento de una palabra, se prestan á convertirse de agudas en graves, y al contrario. Y por último, aceptemos de la práctica esta regla, aunque la teoría tenga sus dificultades para explicarla: las sílabas acentuadas, cuando terminan un verso, valen por una aguda y una grave; y dos sílabas graves, en la misma posicion, solamente se computan por una.

Siendo así todo lo expuesto, claro es que cantándose por sí solo cada pié, pudiéramos tener verso desde una hasta un número indefinido de sílabas; pero los versos de una valdrian por dos, siendo entónces necesario acentuar los monosílabos.

En este estudio nos ocuparemos exclusivamente de los versos que consten por lo ménos de dos piés; nada diremos sobre los versos dobles ó que constan de hemistiquios iguales, porque la simple duplicacion de un verso no es un fenómeno interesante, y no analizaremos versos que presenten más de once sílabas, porque nuestra versificacion práctica no pasa de ese número, y porque los de trece y quince sílabas pueden someterse á las reglas que daremos para todos los anteriores: los versos de nueve sílabas no han logrado aclimatarse en nuestro Parnaso. Todas nuestras explicaciones, en fin, girarán sobre los versos de cinco sílabas, de seis, de siete, de ocho, de diez y de once; sobre seis clases de versos.

VERSOS DE CINCO SÍLABAS.

Céfiro blando.
Me estremecí.
Mírame trémula.
Mira estas lágrimas.
Donde gozando.
Temo sus iras.
A par de tí.

En los versos anteriores de Quintana y de Villegas, son de notarse las diversas combinaciones de los acentos. *Mírame trému-*

la, sólo tiene dos acentos agudos; tendría tres si pronunciásemos *miramé ó me mira*; este verso de cinco sílabas prosódidas tiene seis ortográficas.

A *par de tí*, consta de cuatro sílabas ortográficas y tiene cinco prosódicas. Lleva necesariamente un acento en *tí*, y por las exigencias de la versificación la sílaba *par* debe sonar aguda y la siguiente grave.

Me estremecí. En este verso, donde *cí* aparece necesariamente acentuado, existe además otro acento inevitable. *Me es*, como resultante de una contracción sobre larga, se pronuncia en tono alto. *Tre* puede conservar su acento, pero también puede perderlo.

Mira éstas lágrimas. *Mi* no puede perder su acento; y *raes* conserva el acento de *es* por la contracción.

Donde gozando, se pronuncia como adónico, esto es, *dóndego-zándo*; así como se pronuncia el típico *céfiro blando*.

Temo sus iras. *Te* y *sí* llevan acento, *mo* es grave y *su* puede ser agudo; pero si el verso sirve de adónico, debe pronunciarse como grave.

En resumen, los versos de cinco sílabas constan de dos acentos agudos, y pocas veces de tres. En este último caso pueden presentar dos agudos contiguos.

VERSOS DE SEIS SÍLABAS.

Viuda sin ventura,
Tórtola cuitada,
Mustia y asombrada
De una muerte dura;
Tú que al valle ameno
Con tu arrullo blando
Serenaste, cuando
Vió tu bien sereno.

(LA TORRE.)

Pero tu caída
Fué temido mal.

(LA TORRE.)

Esta es la justicia
Que mandan hacer
Al que por amores
Se quiso prender.

(MENDOZA.)

Viuda sin ventura se distribuye sin esfuerzo en los tres grupos siguientes: *Viuda-sinven-túra*. En este verso hay tres acentos agudos y tres graves.

Tórtola cuitada. Este verso puede pronunciarse de diversos modos: *Tórtolacui*, formaría un esdrújulísimo: á esto se oponen, así lo mal que suenan en castellano esas combinaciones, como la pausa forzada que tendría que hacerse después de *cui*. Puede destruirse el primer grupo, que es un esdrújulo, convirtiéndolo en llano, por la colocación de un acento en *la*: *Tórto-la cui-tada*. Este verso suena bien. Y puede cambiarse el acento de *tor* á *to*, así: *tor-tólacui-tada*. Este procedimiento presenta los inconvenientes del primero. Pronunciaremos, pues, el verso con tres acentos.

Mus-tia-ya-som-bra-da. Dividido el verso como está indicado, lleva tres acentos, y son: *mus*, *ya* y *bra*.

La misma distribución tienen los acentos en este verso: *Déuna-muerte-dúra*. Y en estos: *túqueal-vallea-meno*; *contua-rrullo-blando*; *sére-nás te-cuando*; *viótu-biense-reno*. Fijémonos en esta observación: Si en *viótu* conservásemos el acento en la *o*, esta vocal tendría el valor de una sílaba y nos resultarían siete. Es necesario, por lo mismo, trasponer el tono agudo, acentuando la *í* con tal objeto. Por lo demás, el primer acento bien puede hallarse en la primera sílaba, bien en la segunda, como lo comprueban los versos *quemán-danhá-cér*; *se-quiso-pren-der*. *Al que por amores*, puede contarse de estos dos modos: *álque-póramóres* y *alqué-póra-móres*.

Ya es innecesario explicar la distribución de pies que hacemos en los versos siguientes:

Pero-túca-ida; *fúete-mido-mal*.

Los versos de seis sílabas requieren tres acentos; y dos de éstos pueden encontrarse juntos pero en pies diversos.

VERSOS DE SIETE SÍLABAS.

Púraencen-dída-rósa,
Púraen-cén-dída-rósa,
Émula-déla-lláma
Que-sále-cónel día.

En estos versos de Rioja aparecen tres acentos distribuidos de diversos modos: un pié esdrújulo y dos graves; tres piés graves y uno complementario al principio; y si pronunciamos *pú-raen-cén-dída-rósa* resultan cuatro acentos, dos de ellos juntos.

Te-niendoal-sólen-poco, de Mendoza, ofrece un pié complementario.

La túnica, tus huellas, de Burgos, se compone de un pié inicial grave, *la*; de un esdrújulo, *túnica*; de un pié monosilábico agudo, *tus*; y de un pié grave de dos sílabas, *huellas*. Tiene dos acentos contiguos, *tús hue*.

Sigan, y marchen de ellas, del mismo autor, exige un acento en *y*, por haber coma despues de *gan*; y resultan cuatro acentos, de los cuales dos juntos.

Por lo que podemos concluir que cuando el verso de siete sílabas tiene cuatro acentos, dos se presentan juntos; y que cuando tiene tres, un pié es esdrújulo, si no hay un complementario ó si el último no es un monosílabo agudo, como en este verso del citado Burgos: *Las ninfas á la par*. Los piés monosílabos ó complementarios de un verso, cuando van entre otros piés, son siempre agudos y se juntan con otra sílaba aguda.

VERSOS DE OCHO SÍLABAS.

No nos ocuparemos de los que tienen dos hemistiquios iguales, porque esos pueden resolverse en versos de cuatro sílabas, si es que admitimos esta medida; por otra parte, las observaciones sobre los hemistiquios desiguales se aplican sin esfuerzo á los versos dobles. Procedamos á buscar los elementos rítmicos á que pueden sujetarse las sílabas prosódicas en número de ocho.

Vivo-sinvi-viren-mí, de Santa Teresa, son tres piés graves y uno agudo.

Ita-nálta dichaes-pero, de la misma autora, se compone de cuatro piés graves.

Que-múero pórqueno-múero, de la misma, tiene un pié inicial grave y monosilábico, un pié grave, uno esdrújulo y otro grave; total, cuatro grupos y tres acentos. Si quisiésemos acentuar también *no*, quedarían juntos dos agudos.

Unain-crédula-déaños, verso de Quevedo, consta de tres piés,

y de tres acentos, y tiene siete sílabas; para hacerlo de ocho es necesario separar *in* de *a*, ó mejor la *a* de la *de*: de cualquier modo se aumenta con una sílaba un acento y quedan dos agudos juntos. Total, cuatro acentos.

Por regla general el verso de ocho sílabas demanda cuatro acentos, aunque dos de ellos vayan juntos, perteneciendo en este caso á piés diferentes.

VERSOS DE DIEZ SÍLABAS.

Cuando en una palabra inicial la primera sílaba no lleva acento y sí lo tiene la segunda, esa primera puede sin inconveniente pronunciarse como grave; pero si tal palabra consta de tres sílabas y en la última lleva el acento, no es posible pronunciar del mismo modo las dos sílabas anteriores, y tenemos que formar con ellas, por lo ménos en el verso, un compuesto grave, esto es, acentuamos la primera sílaba.

Así, por ejemplo, al comenzar un verso esta palabra *libertad*, suena con dos acentos: liber-tad. Pero ¿qué sucede cuando repetimos la palabra? Si entre las dos hay una pausa es imposible la formación de un esdrújulo, y la segunda *libertad* debe medirse como la primera. En tal virtud, este verso de Figueroa, *Libertad! Libertad! Libertad!* tiene diez sílabas y seis acentos, así: *líber-tád-líber-tád-líber-tád*.

Figueroa dice también: *Y el sepulcro del Inca resuena*. Verso que pudiera distribuirse de este modo: *ielse-púlcro-de-lincare-súena*; ó bien así: *ielse-pulcro-dé-línca-ré-súena*. En ambos ejemplos no nos es posible formar este esdrújulo *púlcrode*; sonaría mal. Preferimos la distribución que nos proporciona seis acentos.

Beña dice: *Ocho veces la cándida luna*, que analizamos de este modo: *ocho-veces-la-cándida-luna*, cinco grupos y cinco acentos. No formamos el esdrújulo *vécesla* por oponerse el descanso llamado cesura y porque pocas veces suenan bien dos esdrújulos juntos.

Renovó de su faz los albores, en el mismo Beña, nos obliga á proceder como con *libertad*, dando á *renovó* dos acentos, colocando el primero en la primera sílaba. *Réno-vó-désu-fazlo-sál-bóres*. Acentuamos *sal* porque *faz* lleva acento y porque es muy duro

el esdrújulo *fazlosal*. Seis grupos y seis acentos; dos veces están contiguas las sílabas agudas.

Ocho veces les vió combatir.
Y envidiosa los vió la fortuna.

En estos versos de Beña hay necesidad de formar los siguientes esdrújulos: *vecesles*, *diosalos*. Si no apeláramos á esta forma, nos resultarían juntos tres acentos agudos. Así tenemos: *ocho vécesles-vió-comba-tir*; *ienvi-diósalos viðla-fór-túna*. Cinco grupos y cinco acentos.

Siene-migos-la-lanza-de-Marte; *siti-ranos-de-Brutoelpu-ñal*. No pronunciamos *ránosde* porque se oponen los puntos suspensivos. Las pausas de la ortografía, que siempre corresponden á modificaciones en el pensamiento, influyen poderosamente, como se ha visto, en la medida de los versos.

Los de diez sílabas aunán cinco ó seis acentos, y preséntanlos una ó dos veces contiguos. Así Heredia: *Fielca-ballo-ré-línchaor gú-llóso*.

EL ENDECASÍLABO.

Cómo gigante nó cansádo y fúerte, de Fray José de Sigüenza, tiene cinco sílabas agudas y seis graves. El mismo autor nos suministra este verso: *ní vido el gusto vides tan sabrosas*, que se puede distribuir como el anterior; pero si en vez de *vido* hubiese *oido*, la contracción *nio* llevaría acento.

En Fray Luis de Leon hay este verso: *la cúmbre tóca altísimo súbido*, en el cual se hace necesario acentuar *sú* para evitar tres graves juntas.

El mismo Fray Luis dice: *qué-nórte-guiará la nave al puerto?* donde *qué* por su significación reclama acento, y lo mismo la primera *a* de *guiará*, supuesto que ella sola forma una sílaba, y entónces resultan seis acentos, presentándose dos veces contiguos: *qué nór; árá*.

Proporción, órden, sencillez, belleza, de Martínez de la Rosa, reclama un acento en *pro*, tanto porque no es posible comenzar un verso por dos sonidos graves, como por los elementos fonéticos de la misma sílaba *pro*.

En este verso: *délfico lauro ceñía tus sienas*, se hace indispen-

sable acentuar no solamente la *i*, sino la *a* de *ceñía*, so pena de no tener sino diez sílabas; así tendríamos dos agudas contiguas.

Cinco acentos son necesarios para el verso de once sílabas; y éstas, cuando son agudas, pueden estar una vez contiguas, y se presentan dos veces juntas cuando el verso contiene seis acentos agudos.

En resúmen, todos los versos son regulares cuando se alternan una sílaba larga y una breve, ó al contrario, y cuando se componen de esdrújulos; y son irregulares cuando dos acentos agudos suenan inmediatamente uno tras otro.

Una ó dos notas graves despues de una aguda forman con ésta un cuerpo, siempre que no se opona una pausa notable.